

## RECENSIONES

P. HIGINIO ROSOLÉN, I.V.E.

*El León que escribió de Cristo. Una introducción a la lectura del Evangelio de San Marcos.*

DR. PABLO VERDIER MAZZARA

*Psicología y psiquiatría. Textos del Magisterio Pontificio.*

P. HIGINIO ROSOLÉN, I.V.E.

*San Rafael, el buen ángel de Dios.*

P. MIGUEL ÁNGEL FUENTES, I.V.E.

*El dolor salvífico.*

PLÁCIDO MARÍA (MIGUEL) GIL IMIRIZALDU, O.S.B.

*Iban a la muerte como a una fiesta. Memoria del martirio de Barbastro.*

ENRIQUE DÍAZ ARAUJO

*Lesá Humanidad.*

CHARLES DE FOUCAULD

*Meditazione sulla Passione del Signore.*

FABRICE HADJADJ

*Parcela con la morte. Anti-metodo per vivere.*

P. HIGINIO ROSOLÉN, I.V.E.

***El León que escribió de Cristo.  
Una introducción a la lectura del  
Evangelio de San Marcos***

EDIVE, Colección Bíblica n. 2,  
San Rafael (Mendoza)  
2010, 39 pp.

Este opúsculo es un hermoso modo de leer el Evangelio de San Marcos en forma temática, es decir, por temas. Es un modo de leer el Evangelio de San Marcos no según el orden que le da Marcos sino ordenado según los temas fundamentales que aparecen en dicho Evangelio. Es un hermoso servicio que se presta al creyente: tener reunidos por «temas» los textos del Evangelio de San Marcos.

La primera parte de esta obra está constituida por una corta y útil biografía del evangelista San Marcos. La segunda parte está constituida por catorce «aspectos» o «dimensiones» del Evangelio de San Marcos que el autor quiere resaltar.

En el número 1, titulado «Jesús, verdadero hombre y verdadero Dios», el autor nos señala el contenido esencial del Evangelio de San Marcos, que es la persona de Jesucristo. La pregunta clave y guía de todo este evangelio es la de 4,41: «¿Quién es este?». La respuesta está dada a modo de postulado en el primer versículo o título del Evangelio: «Evangelio de Jesu-Cristo, Hijo de Dios», es decir, «Buena Noticia que anuncia a Jesús, que es el Cristo e Hijo de Dios». Luego, el mismo desarrollo

del evangelio se encargará de dar respuesta a la pregunta clave cuando en 8,29 San Pedro confiese: «Tú eres el Cristo». Y en 15,39, ya al final del Evangelio, el centurión romano proclame: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios». Esta última respuesta había sido ya preparada y preanunciada por el mismo Cristo, cuando respondió al Sumo Sacerdote la pregunta: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?» (14,61); a lo que Cristo respondió: «Sí, yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir entre las nubes del cielo» (Mc 14,62). De manera que la respuesta a la pregunta «¿Quién es este?», es «Jesús es el Mesías y es Dios hecho hombre».

De esta manera, aunque el autor del opúsculo no lo diga, está marcando las dos partes en las que está estructurado el Evangelio de San Marcos. La primera, que va de 1,1 a 8,29 está orientada a demostrar que Jesús es el Cristo, es decir, el Mesías esperado por Israel y anunciado por el Antiguo Testamento. Esta primera parte culmina con la confesión de San Pedro: «Tú eres el Cristo». La segunda parte, que va de 8,30 hasta el final del Evangelio, está orientada a mostrar que Jesús es Dios. Esta segunda parte culmina con la confesión del centurión romano: «Este hombre era Hijo de Dios» (15,39).

Particularmente útil e instructivo es el tema n° 7, «El poder de Jesús sobre el demonio». Gracias a esta selección de textos sobre la relación de Jesús con el diablo, tomamos conciencia de que el Nuevo Testamento afirma explícita-

mente la existencia del demonio como un ser personal, su actitud combativa permanente en contra de Dios y sus obras, y el triunfo de Cristo sobre él. Queda sobre todo subrayado el poder triunfal de Cristo y de sus discípulos. Este matiz lo logra el evangelista narrando las expulsiones de demonios hechas por Jesús (1, 23-26; 1,34; 5, 12-13; 3,11; etc.), señalando que Jesús dio igual poder a sus discípulos, ejercido efectivamente por ellos (3,15; 6,7; 6,13; etc.), y resaltando la admiración de la gente ante el poder de Jesús y las expulsiones de demonios (1,27; 1,32; 5, 15-16; etc.).

Otro apartado que destaca por su importancia y belleza, es el nº 10, «La Iglesia», sobre todo por el modo en que presenta la persona y la figura de Pedro. Con algunas finas observaciones exegéticas hace emerger del mismo texto la importancia capital de Pedro. Gracias a este apartado queda claro que Pedro no es sólo el primero en importancia sino también el primero en jerarquía. Que es el primero en jerarquía se resume diciendo que es la cabeza de los Doce, de los Doce con mayúscula, de los Doce en cuanto institución, es decir, cabeza de todo el Colegio Apostólico. Queda claro que el mismo Evangelio presenta a Pedro no como el primero entre iguales sino como Cabeza de un Cuerpo, Cabeza en la cual se concentra y resume todo el Cuerpo. La Cabeza sola es toda la Iglesia. El Cuerpo sin la Cabeza es un cadáver. Este apartado podrá ser utilizado con frutos para dar una cate-

quisis sobre los fundamentos bíblicos del ministerio petrino del Papa.

De esta manera el autor de este opúsculo ha intuido, aun cuando no lo haya expresado, que el Evangelio de San Marcos es el Evangelio de Pedro. En efecto, es una verdad histórica reconocida que Marcos fue el repetidor de Pedro, es decir, aquel que primero de viva voz y después por escrito, repetía literal y exactamente la predicación del apóstol Pedro. Esto mismo se afirma en esta obra en la p. 5, citando a Eusebio de Cesaréa. Es por esta razón que hay en el Evangelio de San Marcos tantos datos de testigo ocular y tantas reminiscencias del idioma arameo que hablaba Pedro.

Aconsejamos vivamente la lectura de este pequeño trabajo para aumentar el conocimiento de Jesucristo y para que el «tesoro de la revelación, confiado a la Iglesia, llene más y más» nuestros corazones, como dice el autor citando al Concilio Vaticano II (p. 38).

*P. Lic. José A. Marcone, I.V.E.*

DR. PABLO VERDIER MAZZARA

***Psicología y psiquiatría.  
Textos del Magisterio Pontificio***

B.A.C., España 2011.

La editorial B.A.C, de España, ha publicado un interesante libro en el que el editor recopila las enseñanzas del Magisterio Pontificio sobre psicología

y psiquiatría. El doctor Pablo Verdier Mazzara, uruguayo, residente en Chile desde 1996, médico psiquiatra por la Universidad de la República, Montevideo, y con estudios de post-grado en filosofía y en Psicoterapia Simbólica, actualmente académico de la Escuela de Psicología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, nos presentó su obra:

**Doctor, sabemos que se ha publicado en España su libro en el que recopila el Magisterio Pontificio sobre psicología y psiquiatría. ¿Qué lo ha motivado a semejante empresa?**

Pues es una larga historia. El interés por estos temas surgió en mis años de estudiante de medicina. Participaba en ese entonces de las reuniones del «*Consortio de Médicos Católicos del Uruguay*». Con un colega instalábamos un «*stand*» de libros de bioética a la salida de las reuniones. En ese entonces, años '80, me sorprendía que no consiguiésemos libros sobre el Magisterio Pontificio para psiquiatras. Años más tarde caería en mis manos un clásico, «*Pío XII y las Ciencias Médicas*» (Ed. Guadalupe, Bs. As.) que contenía varios textos para psicólogos y psiquiatras. Eso fue todo hasta que ya en Chile -años '90- y en mi condición de docente universitario, me preocupaba la formación de generación tras generación de jóvenes, sin que nadie les pudiera dar una palabra autorizada sobre las relaciones entre antropología, moral y psicología. Fue así como con dos ex-alumnas, las psicólogas Carola Barriga y Daniela Castro, empen-

dimos la tarea que se extendió por un período de seis años. Estábamos convencidos que los papas, sobre todo los del siglo XX, tenían que haber dicho algo al respecto. No podíamos conformarnos pensando que en un área tan cercana y sensible a lo ético y a lo antropológico, los papas se hubiesen quedado mudos durante un siglo. A poco investigar, nos dimos cuenta que la tarea de recopilación que teníamos «*in mente*», no la había realizado nadie. Nos sentimos pues en el deber de hacerla. Y bien, acortando un poco, el fruto, inesperado por cierto, resultó ser una obra con ¡¡52 documentos papales!! y un apéndice temático con unas 40 citas de documentos complementarios.

**Teniendo «*in mente*» los documentos que Ud. ha rescatado del olvido, ¿qué aspectos de la antropología cristiana le parece relevante destacar en el ejercicio de la psicología y psiquiatría?**

La suya es la «pregunta del millón». Imposible sintetizar tantos documentos en una columna. Tan solo por citar algunas ideas podría mencionar: la noción de libertad humana sin la cual toda propuesta psicoterapéutica carece de sentido; la noción de naturaleza humana sin la cual la noción de normalidad psicológica se hace inviable; la noción de lo trascendente sin la cual toda idea de culpa es arbitraria y subjetiva. Los ejemplos se multiplican. Su pregunta me trae a la memoria los discursos de Pío XII, de una vigencia sorprendente; bien podríamos fecharlos como si hubiesen sido escritos hoy día, y nadie

se daría cuenta. Pienso también en un discurso notable de Juan Pablo II a una delegación de psiquiatras de la APA (Asociación Americana de Psiquiatría): no tiene ni un tilde de desperdicio. Ver a los papas pronunciarse sobre temas tan espinosos con acierto y tino produce no menos que asombro. En fin, los papas, muy contra lo que uno podría imaginar, presentan un pensamiento abierto al encuentro entre Fe y razón.

**¿De qué modo cree Ud. tales enseñanzas papales pueden ser de utilidad para la actual crisis de la Iglesia, por todos conocida y tan ampliamente difundida por los medios?**

Ud. me lleva al área chica. Su pregunta es difícil y delicada. En términos generales me atrevería a responderle que las enseñanzas allí contenidas son de gran utilidad tanto para los padres formadores y directores espirituales en los Seminarios, así como también para los psicólogos y psiquiatras que cooperan en los casos que se requiere su asesoramiento y peritaje. Su pregunta me recuerda las Alocuciones de Juan Pablo II a la Rota Romana, en las que el Santo Padre decía, entre otras cosas, que jueces y peritos debían coincidir en una misma antropología, que fuese como punto de partida común para poder entenderse, para hablar un lenguaje común y moverse en un mismo marco valórico-antropológico. Sin tal horizonte común, difícil sino imposible será una acción conjunta eficiente. Creo que podríamos decir lo mismo respecto de los seminaristas, sus for-

madores y los peritos que los evalúan y atienden. Si con una obra como ésta, tan solo lográsemos este objetivo común, creo habremos dado un gran paso en el seguimiento y asesoramiento de las vocaciones. Como ve, son propuestas, no promesas, ni menos aun resultados. Aun así, creo que se presentaría una dificultad ulterior no menor: psicólogos y psiquiatras nos formamos en escuelas científicas cuyo fondo antropológico es, con mucha frecuencia, incompatible con la moral y antropología cristiana. Esta dificultad debiera suscitar en psicólogos y psiquiatras católicos la inquietud de elaborar una psicología compatible con la antropología y moral cristiana. En fin, el asunto da para largo, tan solo mencionarlo.

**¿Qué recepción ha tenido el libro?**

Estoy claro que no es ni será un *«best seller»*. En todo el período de trabajo en la edición del libro, no recibimos casi ni un comentario positivo. «Valdrá la pena el esfuerzo»; «no será mucho que los papas hablen hasta de estos temas»; «¿hablaron los papas de estos temas?»; y frases por el estilo fueron la constante. A ello se agrega que después de varios intentos, nos convencimos que nadie estaba interesado en financiar la investigación, lo cual nos llevó a trabajar «por amor al arte», robando una hora por aquí, una hora por allá a nuestras respectivas labores profesionales. Traigo a colación estos hechos, porque si me tengo que apoyar en ellos para arriesgar un vaticinio sobre la acogida del libro, evidentemente puedo concluir sin ma-

yor margen de error que no me haré rico. Aun así, estoy convencido que bien valió la pena. Seminarios, noviciados, monasterios, tribunales eclesiásticos, facultades de teología y de filosofía, sacerdotes en general y formadores en particular, además de nosotros los profesionales de la salud mental, bien podremos leer en estas páginas más de un lineamiento que venga a enriquecer nuestro ejercicio profesional.

*Cristián Rodríguez, Psicólogo.  
Académico Universidad de  
Los Andes, Chile.*

P. HIGINIO ROSOLÉN, I.V.E.

***San Rafael, el buen ángel de  
Dios***

EDIVE, Colección Bíblica n. 4,  
San Rafael (Mendoza)  
2011, 35 pp.

La Colección Bíblica de Ediciones del Verbo Encarnado nos ha regalado con una nueva pequeña obrita, esta vez sobre el libro de Tobías. Es el número 4 (y, por ahora, última) de esta Colección. Las tres anteriores son: «Rezar con la Sagrada Escritura» (nº1) (P. Miguel Fuentes); «El León que escribió de Cristo. Una introducción a la lectura del Evangelio de San Marcos» (nº 2) (P. Higinio Rosolen); «San Juan Bautista, el Precursor» (nº 3) (P. Higinio Rosolen). Las tres han sido recensadas por esta Revista Diálogo.

El opúsculo que ahora nos ocupa está estructurado en dos partes: «En la primera recordaremos la historia del *Arcángel San Rafael*, y en la segunda presentaremos *algunas enseñanzas del libro de Tobías*», dice el autor mismo (p. 4).

En la primera parte se presenta la figura del Arcángel San Rafael según sus intervenciones en las vicisitudes que viven Tobit y su esposa Ana, Tobías (hijo de Tobit y Ana) y Sara, futura esposa de Tobías. De esta presentación surge la imagen de San Rafael como «uno de los siete ángeles que asiste delante del Señor» (Tob 12,15), es decir, como uno de los siete arcángeles; como un ángel «que anuncia cosas de gran trascendencia» (p. 5); como aquel que cura los males del cuerpo y libra de los malos espíritus (cf. Tob 12,14); y, sobre todo, como el «protector de la familia», según palabras de Juan Pablo II (p. 22).

San Rafael se presenta como protector de la familia porque, a través de sus consejos y sus ayudas concretas, conduce a buen término el matrimonio entre Tobías y Sara. Él hace el papel de formador del futuro esposo y con su acción concreta combate a Satanás para que no interfiera en la creación de una familia que, a través de los hijos, dará mucha gloria a Dios.

En la segunda parte se señalan diez aspectos del libro de Tobías. Son aspectos o temas muy bien elegidos, de tal manera que nos transmiten el mensaje central del este libro de la Biblia. Particularmente útiles e instructivos son los

dos primeros: «La Providencia de Dios» y «La confianza».

Respecto a la Providencia divina dice el autor: «Es la Providencia Divina, a nuestro entender, la clave de lectura del libro» (p. 16). Por lo tanto, el tema de la Divina Providencia es central tanto en el libro de Tobías, como en este opúsculo. En el libro de Tobías «el ángel Rafael manifiesta la acción de Dios en la historia, invita a reconocer la Providencia cotidiana, la cercanía de Dios, la misericordia de Dios. De este modo Dios (...) interviene en la historia para el bien de los que lo aman, para el bien de aquellos que buscan cumplir su voluntad a pesar de las adversidades que cotidianamente se presentan» (p. 16).

Y el mensaje central del libro de Tobías puede resumirse así: «Pueden los justos experimentar temporalmente grandes calamidades psíquicas, materiales o espirituales, pero Dios les devolverá, tarde o temprano, el bienestar, ya que las desgracias son solamente pruebas que les manda para acrisolar su virtud, para llevarlos a la perfección» (p. 16).

En cuanto a la confianza, esta es presentada como una «firme o vehementemente esperanza» en la acción de Dios en nuestras vidas. La confianza es una fuerte esperanza en la ayuda que Dios prometió enviar para nuestra vida espiritual y también para nuestra vida temporal. Tanto Tobit, como su hijo Tobías y su esposa Sara, son ejemplos de confianza en Dios. Particularmente Tobit es un modelo de confianza: desde

su juventud confió en Dios; enseñó la confianza a su hijo Tobías; su oración estaba llena de confianza; su confianza era tan grande que podía transmitirla a los demás y, gracias a ella, podía consolar a los demás. «En medio de su angustia, Tobit mantiene la fe y espera en Dios. No reprocha a Dios, no lo culpa, no lo acusa, no se queja de su suerte ni protesta: esta fe es la actitud de los que confían en Dios y no en sus propias fuerzas. A pesar de tener ‘aparentes motivos’ para abandonar a Dios, sin embargo se afirma en su corazón la esperanza en Dios, pues sabe que Él lo puede liberar de sus males. Por eso continúa haciendo obras buenas para con el prójimo y confiando en Dios» (p. 19).

Aconsejamos vivamente la lectura de esta pequeña obrita. Ella acrecentará la cultura bíblica del que la lea. Pero la finalidad principal de este opúsculo es llevar y enardecer el corazón para que el lector tome entre sus manos el mismo libro bíblico de Tobías y se deleite y alimente con su lectura.

*P. Lic. José A. Marcone, I.V.E.*

P. MIGUEL A. FUENTES, I.V.E.

### ***El dolor salvífico***

EDIVE, San Rafael (Mendoza)  
2008, 174 pp.

El «Dolor salvífico» es una obra digna de consideración, puesto que más

que exponer un tratado acerca de la realidad salvífica del dolor apunta a ser un instrumento pedagógico para aquel que está en acto padeciendo una enfermedad o realidad dolorosa, y esto se ve expresado en el fin de la obra «ayudar al enfermo y dolorido a elevar su corazón en aquellas largas horas de postración que sufre...», constituyendo así una especie de devocionario para el sufriente.

Comienza el libro, en su primer capítulo, haciendo una exhortación, citando textos de la Sagrada Escritura a hacer misericordia con el enfermo (puesto que visitar al enfermo constituye una de las obras de misericordia corporales), y nos recuerda que la obra de misericordia borra nuestros pecados.

Los capítulos siguientes apuntan sobre todo a mostrarle al lector el sentido del dolor y proporciona numerosas oraciones y reflexiones para estos momentos. Son de destacar los consejos y reflexiones que presenta de San Alfonso María de Ligorio, enseñándonos a que sufrir es servir a Cristo, sabiéndonos abandonar con humildad a la Santa voluntad de Dios; además es de destacar los consejos al enfermo del Padre Pizzariello y San Juan Bosco, entre otros.

También propone al enfermo, para sus momentos de dolor, oraciones, poesías, pensamientos y devociones que han compuesto y promovido los santos como San Pío de Pietrelcina, Santa Faustina, San Luis Orione, el Beato Juan Pablo II, Pemán, etc.

Aconseja, también, el rezo del Salmo 22 recitado por Cristo paciente en la Cruz: «¿Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado?»; el Salmo 69 que refleja proféticamente los sentimientos del Corazón de Cristo en su Pasión; y el Cántico del Siervo Sufriente de Isaías 53, que refiere a los padecimientos de Cristo Mesías (capítulo 18).

Hace mención de la Santa Sindone siguiendo un texto del Beato Juan Pablo II, la cual «nos habla a viva voz de los padecimientos de Cristo y del amor que nos mostró al entregar su vida en el ara de la cruz» (capítulo 21).

Enseña y recomienda el rezo del Santo Rosario; el Vía Crucis que nos mueve a repetir «dolor con Cristo doloroso» y la coronilla de los 7 dolores de la Virgen, entre otras devociones, como la devoción a San José, patrono de la buena muerte (puesto que murió en brazos de María y Jesús), y a San Miguel Arcángel, defensor de los moribundos ante el tentador.

El libro culmina con un interesante apéndice de la obra «Pedagogía del dolor inocente» del Padre Carlo Gnocchi, la cual pedagogía apunta a «enseñar prácticamente a los niños que no hay que guardar el dolor para uno mismo, sino que es necesario regalarlo a los demás, y que el dolor tiene un gran poder sobre el corazón de Dios, del cual es necesario aprovecharse para bien de muchos». Y que a esta obra de sublimación y santificación del dolor «no se llega sino a través del magisterio misterioso de la Misa. Es en la Misa donde el río



de la Sangre divina se enriquece por la confluencia del dolor humano y es en el río divino donde cada gota de dolor humano y de llanto adquiere el valor sobrenatural de redención y de gracia.

*Seminarista Hernán Rivarola,  
I.V.E.*

PLÁCIDO MARÍA (MIGUEL)

GIL IMIRIZALDU, O.S.B.

**Iban a la muerte como a una fiesta. Memoria del martirio de Barbastro**

Encuentro, Madrid 2012,  
189 pp.

Al concluir el gran Jubileo de la Iglesia en el año 2000, el beato Juan Pablo II recordaba a los católicos de hoy la importancia de «dar gloria al Señor por todo lo que ha obrado a lo largo de los siglos, y especialmente en el siglo que hemos dejado atrás, concediendo a su Iglesia *una gran multitud de santos y de mártires*». Allí mismo hacía referencia el Papa al mensaje «elocuente que no necesita palabras» de estos testigos de la fe contemporáneos a nosotros, el cual es «una herencia que no se debe perder y que se ha de transmitir para un perenne deber de gratitud y un renovado propósito de imitación» (Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 7).

Un eco de estas palabras del Papa que venció al comunismo podría haber sido la «crónica de un testigo» que tenemos entre manos, redactada originalmente en 1993 y póstumamente

editada ahora, en el contexto del año de la fe, siguiendo las indicaciones que al convocarlo nos hiciera nuestro emérito Sumo Pontífice, Benedicto XVI: «A lo largo de este *Año*, será decisivo volver a recorrer la historia de nuestra fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecado. Mientras lo primero pone de relieve la gran contribución que los hombres y las mujeres han ofrecido para el crecimiento y desarrollo de las comunidades a través del testimonio de su vida, lo segundo debe suscitar en cada uno un sincero y constante acto de conversión, con el fin de experimentar la misericordia del Padre que sale al encuentro de todos» (Carta Apostólica *Porta fidei*, 13).

El p. Plácido María (Miguel, en el siglo) Gil Imirizaldu, monje benedictino fallecido en 2009, de la abadía navarra de San Salvador de Leyre, no quiso partir de este mundo sin dejarnos para siempre firmada su memoria de lo ocurrido en una de las más crueles persecuciones del siglo XX: la acaecida en España en el segundo lustro de la década del 30.

Con toda la frescura que da a su relato el hecho de ser un testimonio de primera mano, prodigiosamente conservado durante casi 60 años, narra el p. Plácido sus vivencias de 1936, de aquella Guerra Civil «en la que se desataron todos los demonios» (p. 7). Por aquel entonces era él un joven colegial, de 15 años, en el cenobio benedictino del Santuario de Nuestra Señora de El Pueyo, muy próximo a la ciudad de

Barbastro, en Aragón. Tras el alzamiento de las tropas nacionales, la ciudad de Barbastro quedó situada en el territorio «republicano», o «gubernamental», o sencillamente «rojo». Como a todos los que quedaron en esta zona, a los religiosos de El Pueyo también fueron a buscarlos los miembros del Comité comunista constituido en la ciudad, bajo espurios pretextos de tenencia de armas y oposición al gobierno, para encarcelarlos y llevarlos luego de varios días a cumplir el sacrificio definitivo y más glorioso.

El joven Miguel Gil acompañó a sus padres en la fe durante el aprisionamiento y larga estadía en el Colegio de los escolapios de Barbastro, constituido ocasionalmente en prisión. También había con él otros cuatro colegiales, más pequeños; uno de 11 años. Todos se habían mostrado valientes y habían manifestado su voluntad de acompañar a los monjes hasta la oblación suprema, pero la voluntad de Dios se manifestó de otra manera y los niños fueron separados de la comunidad por los miembros del Comité pocos días antes de ser llevada ésta a la muerte.

Realmente emociona la sencillez que tiene el a. de relatar sus vivencias martiriales, que se le han grabado hondamente.

Así narra, por ejemplo, la primera detención de un miembro de la comunidad: «Terminada la comida nos reunimos todos junto a la puerta principal del monasterio que da al sur, y allí, con la carretera al pie, a unos 250 metros,

y perfectamente visible, comenzamos a cambiar impresiones (...) De pronto vimos al p. Mariano Sierra, el más anciano, que había bajado a la casilla de los camineros (...) vestía de hábito y llevaba en la mano un pequeño hato (...) Un camión de milicianos con dirección Barbastro-Huesca lo alcanzó, se paró y lo hicieron subir con ellos. El monje no ofreció resistencia alguna. El camión cambió de dirección y bajó a la cárcel municipal de Barbastro al p. Mariano. Todos quedamos sobrecogidos y desorientados» (43); o la llegada del pleno de los religiosos benedictinos al Colegio-prisión: «En breves segundos el camión pasó delante del monasterio, emplazado como una atalaya sobre la colina, y en pocos minutos estábamos en Barbastro. Entramos en la ciudad, animada por un público variopinto, más bien adverso en su aspecto, que, curioso, contemplaba nuestra llegada. El camión adelantó por el Coso –paseo central– y al final del mismo giró a mano izquierda subiendo la rampa de una calle estrecha, el Rollo, que conducía al Ayuntamiento y a la cárcel. Nuestro destino ya estaba claro» (62); y la vida realmente eucarística que se vivía en aquel recinto poblado de santos: «la Eucaristía, que en los días de nuestra prisión se convirtió en fortaleza y viático para la Comunidad y los que con ella estaban. No es quizás mucho lo que podré señalar, pero sí reflejará cómo aquellos monjes y sus compañeros de prisión vivían en su prolongada agonía aquello que San Benito señala como ideal del monje: Participando

por la paciencia en la pasión de Cristo» (101).

Son, por cierto, los relatos de la muerte los más estremecedores de la crónica, aunque el a. no los ha presenciado, sino que los ha oído narrar en aquellos días por propios testigos *de visu*: «Por la mañana del día 28 escuché la conversación de dos muchachas que trabajaban en el colegio en el turno de la mañana: —*Chica, ¿no sabes? Esta noche ya creíamos que estaban los fascistas en el Coso. —Pues ¿qué ha pasado? —Nada, que cuando llevaban a matar a los frailes de El Pueyo, uno ha gritado ‘¡Viva Cristo Rey!’*, y ha habido mucho jaleo, hasta han tenido que parar el camión. Así se difundió la primera noticia. Pero seguidamente se corrió que, en el mismo Coso, al pararse el camión dado el entusiasmo de los monjes en su camino hacia el martirio, algún miliciano golpeó a alguno de ellos en la cabeza con la culata del fusil hasta abrírsela, de modo que quedó exánime en el camión» (143).

De otro de los testimonios del momento sublime ha tomado el a. el nombre de sus memorias martiriales: «Presentose a comer un hombre joven, revolucionario, de unos 34 años y con aire de intelectual, al que se oyó comentar: ‘Me han contado los milicianos que han llevado a fusilar a los frailes de El Pueyo que iban a la muerte como a una juerga’, y el nuevo comensal los trató de zánganos» (146). El a. aclara en su presentación que ha «cambiado la palabra popular ‘juerga’ por la de ‘fiesta’, dándole un sentido litúrgico-martirial» (13).

Son, en fin, relatos vívidos y vividos, «un recuerdo y un canto de admiración» (13), una confirmación implacable de que el entusiasmo martirial de los primeros cristianos es un patrimonio perenne de la Iglesia y de que, allí donde se multipliquen el pecado y el odio, siempre han de ser vencidos por la sobreabundancia de la gracia (cf. Rom 5,20), y por el testimonio de un amor más grande, aquel que es «dar la vida por los amigos» (Jn 15,13).

Revalorizada esta hoy esta crónica vibrante por el hecho de constituir el «preludio y el detonante» de otra obra del a.: «Un adolescente en la retaguardia». En la cual cuenta su vida durante tres años en medio de la zona republicana, tras la muerte de los monjes de El Pueyo y hasta el fin de la Guerra, buscando de regresar a casa de sus padres, en Lumbier (Navarra), donde ya lo daban por muerto; obra que se ha hecho popular y que ha merecido los elogios de algunos de los referentes más importantes del pensamiento católico de España hoy, como son el Card. Antonio María Rouco Varela, y el muy buen periodista don Juan Manuel de Prada.

A este último ha competido la misión de prologar esta obra que comentamos y lo ha hecho de forma breve pero muy rica en ideas, y llena de entusiasmo. De él tomamos estas palabras, que encierran el fondo de toda la historia martirial de la Iglesia fundada por Jesucristo el Mártir: «No estamos solos. Hay un Amor que nos envuelve y aureola, como una vid que entre el jazmín se va enredando; un Amor que

tiene la frescura de la hierba recién segada y la tibieza de una lumbre en una noche de invierno. De ese Amor que nunca falla, y mucho menos en la hora de la tribulación, nos hablan estas hermosas páginas».

*P. Juan Manuel Rossi, I.V.E.  
Barbastro, España.*

ENRIQUE DÍAZ ARAUJO

**Lesas Humanidad**  
Editorial Universidad Católica  
de La Plata 2012, 336 pp.

En la presente obra el insigne escritor mendocino desarrolla y desvela la verdad jurídica e histórica acerca de los juicios en materia de «Lesas Humanidad» llevados a cabo en la Argentina desde la llegada de Néstor Kirchner a la máxima magistratura, e incrementados durante la gestión presidencial de Cristina Fernández de Kirchner. Es por eso que el autor divide este gran trabajo en tres secciones.

En la primera, se dedica a exponer – de manera concisa, clara y esencial– las normas jurídicas fundamentales que deben estar presentes en todo juicio penal –y por tanto también, en lo relativo a la Lesas Humanidad– en cualquier Estado de Derecho que pretenda considerarse como tal. Allí, Díaz Araujo efectúa un recorrido partiendo desde los principios consagrados en la Cons-

titución Nacional (como el principio de Legalidad o Reserva, por ejemplo); pasando por los grandes doctrinarios argentinos del derecho penal y por la doctrina internacional; para terminar en otros principios penales (como los principios de Inocencia; del Juez Natural, etc.) que serán muy importantes a la hora de poner en evidencia la actuación marcadamente «antijurídica» de los tribunales argentinos en la materia. Luego, dirime la cuestión acerca de cuál debe ser la relación entre nuestra Constitución Nacional y los Tratados Internacionales (consagrados en ella): si cabe la subordinación de éstos a aquella o viceversa. Para ello recurre nuevamente a la autoridad de prestigiosos constitucionalistas concluyendo que «no existe paridad entre la Primera Parte de la Constitución y los Tratados; éstos se subordinan, complementando a aquella. Pero, en el caso de la Lesas Humanidad, no hay conflicto alguno, toda vez que ambos derechos coinciden en la exaltación del Principio de Legalidad. Máxime que la Convención de Derecho Internacional que rige en la especie, el Estatuto de Roma, es la normatividad que más alto coloca a ese Principio» (p. 47). Por último, el autor realiza rápidamente un interesante análisis sobre diversas Convenciones Internacionales (como el Estatuto del Tribunal Militar Internacional de Nuremberg; la Convención Para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio de la ONU; la Convención Americana sobre Derechos Humanos; entre otros) para detenerse en el Estatuto de Roma. El contenido de dicha

Conferencia Diplomática será muy importante, ya que define el delito de «Lesía Humanidad» y de «Genocidio» –con sus respectivas cláusulas– como sucede con el respeto soberano hacia el principio «nullum crimen, nulla poena sine lege» (no hay crimen sin una ley anterior al hecho del proceso). Y por si quedara alguna duda, el autor recurre a la Ley 26.200 que implementó en Argentina el Estatuto de Roma, la cual en su artículo 13 dispone que «ninguno de los delitos previstos en el Estatuto de Roma ni en la presente ley puede ser aplicado en violación al principio de legalidad consagrado en el artículo 18 de la Constitución Nacional. En tal caso, el juzgamiento de esos hechos debe efectuarse de acuerdo con las normas previstas en el derecho vigente» (p. 71).

En la segunda sección Díaz Araujo se encarga de presentarnos la jurisprudencia nacional acerca de los delitos ya mencionados. Jurisprudencia que bien puede resumirse por boca del propio Presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, Ricardo Lorenzetti, quien afirmaba que no iba a haber marcha atrás en juicios de derechos humanos, pues el avance de tales causas no sólo es el resultado de una decisión política, sino el involucramiento de los tres poderes, y en especial del Poder Judicial; para lo cual se creó una comisión interpoderes llevando adelante una «política de Estado» (p. 93). Éste es –precisamente– el quid de la cuestión.

Con el correr de las páginas fácilmente el lector podrá darse cuenta que aquellas palabras no resultaron ser

ni una expresión de deseo, ni mucho menos una descripción metafórica de los hechos sino la más cruda realidad: el sometimiento sistemático y grosero por parte del Poder Judicial con respecto a los restantes, en especial del Poder Ejecutivo. Y tildamos de «grosero» el proceder de los magistrados argentinos porque no sólo violaron la división de poderes (artículo 1º de la Constitución Nacional) sino que además atropellaron las normas jurídicas penales más elementales, expuestas por el autor en la primera parte del libro. Dicho de otro modo, no se trataba de otra cosa que de «comerse a los caníbales», ya que para castigar a aquellos que cometieron delitos sin las garantías necesarias había que hacerlo sin ellas, e incluso contra tales garantías. En lo que se refiere a lo actuado por algunos integrantes de las Fuerzas Armadas y de Seguridad, el autor aclara que «estaba fuera de discusión que esos actos aberrantes debían ser denunciados, juzgados y condenados, en tiempo y forma... según las normas del Debido Proceso Legal, tanto nacionales como internacionales, que configuran el Estado de Derecho» (p. 94).

Razón por la cual presenta cronológicamente diversos fallos emitidos por la Corte Suprema de Justicia de la Nación, para luego adentrarse en el debate generado sobre la aplicación del «jus cogens» a los juicios sustanciados en nuestro país. Por último, cabe resaltar el oportuno detenimiento que hace el escritor mendocino en el análisis de los fundamentos planteados por los miembros del mismo Tribunal, en

los casos que juzgaron hechos similares realizados por diversos actores (grupos terroristas y FF.AA.). Permitiendo observar cómo los mismos magistrados habían «virado» en su fundamentación, confirmando de ese modo que estaban «ejecutando» una auténtica «política de Estado».

Mientras que en la tercera sección el autor presenta el contexto histórico en el que se desarrollaron los procesos judiciales de Lesa Humanidad en nuestro país, constituyendo una verdadera joya que permite entender las enormes y escandalosas injusticias causadas por quienes tienen la noble misión de impartir justicia y pacificar la sociedad en los casos concretos. En efecto, el Estado abrió el camino para una ola de juicios contra represores, a la par que el Gobierno, por boca de su Presidente (Néstor Kirchner) elogiaba el combate guerrillero y se declaraba «compañero» y «militante» de los grupos armados castro-guevaristas. Siendo la iniciativa del Poder Ejecutivo, los poderes restantes fueron sólo un eco de aquella decisión ejecutiva (p. 205). Por ese motivo «los militares represores estaban juzgados de antemano, porque ahora gobernaban sus enemigos de otrora. Ese es el contexto en que se debe ubicar la jurisprudencia (...) Se trataba de algo bien concreto: la militancia revolucionaria; no de las abstracciones internacionalistas o de “jus cogens”, a las que suelen acudir los apologistas a la hora de interpretar los fallos. Sentencias políticas, que permitían ir más allá de penalismo constitucionalista» (p. 206).

En otras palabras, se trató del «derecho penal del enemigo», valiéndose de toda clase de artimañas empleadas –y con gran éxito, como lo documenta el autor– para perseguir a aquellos funcionarios y jueces díscolos a las «instrucciones» que bajaban de la Casa Rosada y previamente elaboradas por el Centro de Estudios Legales y Sociales, conducido por el periodista y ex guerrillero Horacio Verbitsky.

En esta última sección, el autor Díaz Araujo deja asentada la vileza y el desequilibrio jurídico perpetrado contra militares y miembros de las fuerzas de seguridad en temas como la «Prisión Preventiva». Además, lleva a cabo un excelente estudio acerca de los casos judiciales iniciados en España por el juez prevaricador Baltazar Garzón, especialmente por el fraudulento «caso Scilingo», sirviendo de prueba piloto para traer su estrategia a la Argentina y así comenzar la «cacería» judicial contra las FF.AA. y de Seguridad. Luego el autor realiza una semblanza del «caso von Wernich», como caso emblemático en las causas por delitos contra los DD.HH. Aquí puede observarse que la situación de la «Justicia» argentina es mucho peor que antes del código de Hammurabi. Por último, trae a colación una serie de «impugnaciones» a lo fallado por los tribunales argentinos, apoyándose en distintas instituciones (como por ejemplo el Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires, la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, etc.) y en prestigiosos abogados penalistas (como los

doctores Ricardo y Daniel Saint Jean, Héctor H. Hernández, Gustavo Igounet, entre otros).

Finalmente, podemos afirmar que la presente obra del Dr. Enrique Díaz Araujo constituye un valioso aporte para la literatura histórica y jurídica de nuestra Patria ya que le permite al lector comprender las causas de la agitada realidad social por la que atraviesa nuestro País. Reconociendo que la paz es fruto de la justicia, este trabajo ilumina el camino que debe tomar Argentina para volver a ser una República en la que sus ciudadanos puedan vivir en paz.

*Enzo Di Fabio,  
San Rafael (Mendoza).*

CHARLES DE FOUCAULD

***Meditazione sulla Passione  
del Signore***

Edizione San Paolo Cinisiello  
Balsamo, Milán 2012, 78 pp.

Charles de Foucauld nació en Estrasburgo (Francia) el 15 de septiembre de 1858. Huérfano a los 6 años, crece con su hermana María, bajo los cuidados de su abuelo, orientándose hacia la carrera militar. En su adolescencia pierde la fe. En 1883 emprende una exploración a Marruecos. Regresando a Francia, comienza su búsqueda de Dios. Guiado por un sacerdote, el Padre Huvelin, encuentra a Dios en octubre 1886. Tiene 28 años: «enseguida que comprendí

que existía un Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa que vivir sólo para Él». Durante una peregrinación a Tierra Santa descubre su vocación: seguir a Jesús en su vida de Nazareth. Pasa 7 años en la Trapa, primero en Nuestra Señora de las Nieves (Francia), después en Akbes (Siria). Luego vive solo en la oración y adoración cerca de las Clarisas de Nazareth. Ordenado sacerdote a los 43 años parte al Sahara, a Beni-Abbes, y en 1905 a Tamanrasset (Argelia), donde vive hasta su muerte en 1916, realizando su ideal evangélico de una vida escondida y pobre al servicio de los más pobres y abandonados. Fue beatificado el 13 de noviembre de 2005.

Charles de Foucauld es autor de numerosas reflexiones, enseñanzas y cartas que son el fruto de sus meditaciones sobre la Palabra de Dios. Su mensaje espiritual nace de la imitación de Cristo obediente a la voluntad del Padre, y el centro de su espiritualidad es el culto a la Eucaristía y al Sagrado Corazón de Jesús. Distintas asociaciones de fieles, comunidades religiosas e institutos seculares se han inspirado en su testimonio de vida y en sus enseñanzas espirituales.

La obra en cuestión, cuyo editor es Eustacchio Imperato, propone una serie de meditaciones de Charles de Foucauld sobre la Pasión del Señor. Se trata de 24 comentarios a versículos sobre la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, y cuenta como apéndice el relato de la Pasión según el Evangelista San Marcos.

En opinión del editor, los comentarios de Charles de Foucauld profundizan el tema de la oración vista como una posibilidad de encontrar personalmente al Señor, y como posibilidad de imitar al Señor plenamente obediente a la Voluntad del Padre. Propone algunas guías para la lectura (p. 10-11):

-contemplar a Cristo, que en la hora de la prueba, se abandona totalmente a la voluntad del Padre;

-considerar la oración de Cristo en Getsemaní como modelo de nuestra oración;

-vivir el sufrimiento en un contexto de oración;

-vigilar incesantemente en la hora de la prueba junto al Señor;

-considerar la oración como remedio contra las tentaciones;

-dejarse guiar en la oración por el Espíritu Santo;

-valorar como importantes los momentos de oración;

-abrazar con alegría y con amor cualquier cruz;

-descubrir en la Pasión y en el Calvario una suprema declaración de amor;

-amar, honrar y servir a la Madre del Señor y Madre nuestra;

-pedir la gracia de derramar con amor y valor la propia sangre por Jesús.

Finalmente propone una lectura serena, pausada y sin prisa, tratando de

meditar estos pasajes una media hora cada día.

Deseamos que la lectura y meditación de este librito ayuden a conocer y amar más a Jesucristo.

Queremos concluir con las palabras que el Papa Benedicto XVI pronunció luego de la Beatificación de Charles de Foucauld: «Queridos hermanos y hermanas en Cristo, demos gracias por el testimonio ofrecido por Carlos de Foucauld. Mediante su vida contemplativa y escondida en Nazaret, encontró la verdad de la humanidad de Jesús, invitándonos a contemplar el misterio de la Encarnación. Allí aprendió mucho sobre el Señor, a quien quiso seguir con humildad y pobreza. Descubrió que Jesús, que vino a congregarnos en nuestra humanidad, nos invita a la fraternidad universal, que él vivió más tarde en el Sahara, y al amor del que Cristo nos dio ejemplo. Como sacerdote, puso la Eucaristía y el Evangelio en el centro de su existencia, las dos mesas, de la palabra de Dios y del Pan, fuente de la vida cristiana y de la misión».

*P. Higinio Rosolén, I.V.E.*

FABRICE HADJADJ

***Parcela con la muerte. Anti-metodo per vivere***

Ed. Citadella, Assisi 2009, 384 pp.



Fabrice Hadjadj es un filósofo francés, escritor y profesor de filosofía, autor de una decena de libros. En el nº 61 de esta revista Diálogo ya hemos recensionado otro libro del autor ofreciendo allí una nota biográfica un poco más amplia por lo que remitimos a ese escrito para quién desee conocer más del autor.

«Parcela con la muerte» (editado recientemente en español como «Tenga usted éxito en su muerte», Editorial Nuevo Inicio, Granada 2011, 430 pp) es precisamente, cómo su Autor lo define sintéticamente en el subtítulo, un libro que ofrece un «anti-método» para vivir. Y con esto decimos mucho. Significa que de frente a la avalancha de pasquines que ofrecen el «éxito sin esfuerzo»; «los secretos de la salud perfecta»; « los métodos para enriquecerse sin fatiga»; «las claves para una gran carrera profesional» (ineficaces y sospechosos de charlatanería) (p. 9)... el presente escrito plantea que todo hombre mas que preocupado por «tener éxito en la vida» debería preocuparse por vivir en modo tal de «tener éxito en la muerte», pues es allí, en ese momento sublime y trascendente dónde el hombre define su eternidad.

Más aun, muchas veces el éxito mundano en la vida (entiéndase honor, riqueza, placeres, etc.) supone un peligroso obstáculo para alcanzar «una muerte exitosa», esto es para recibir ese momento supremo con los ojos abiertos, deplorando nuestras faltas e invocando la Divina Misericordia. Está de hecho revelado: «el hombre en la

prosperidad no comprende, es como los animales que perecen» (Ps 49). Por eso «cabe preguntarse si, en vez de tener éxito, no sería mejor buscar de ser pobres e infelices: en tal caso la muerte llegaría como una liberación (...) ‘fallar’ completamente en la vida significa ofrecerse a la esperanza de lograr el éxito al menos en la propia muerte» (pp. 10-11), como bien lo enseña el libro del Eclesiástico: «¡Muerte, qué amargo es tu recuerdo para el que vive tranquilo en medio de sus bienes, para el hombre despreocupado, a quien todo le va bien y aún tiene vigor para disfrutar de la vida! ¡Muerte, tu sentencia es bienvenida para el hombre necesitado y sin fuerzas, gastado por los años y lleno de ansiedades, que se rebela y ha agotado su paciencia!» (Eccl 41, 1-2).

El Autor expresa muy bien la intención que lo mueve a escribir estas páginas: «Este libro intentará, en efecto, invitar seriamente al lector a un completo fracaso, a aquello que a ojos poco penetrantes puede parecer solo una miserable frustración. Habría podido intitularse: ‘cómo tener un buen fracaso en la vida’; de hecho el objetivo no es fracasar, sino fracasar del todo, hasta el fondo, sin excepciones. En aquel momento se pueden invocar los socorros con toda sinceridad. Reconocer que en cuanto me respecta soy solo un fracasado, ¿no significa tal vez abrirse a la gracia? Y abrirse a la gracia hasta el punto de ser lacerado, ¿no significa tal vez a los ojos del mundo arruinar completamente la propia carrera?» (p. 12).

Es así que el a. no teme afirmar que «la seguridad mundana puede asemejarse mucho a una maldición» (p. 12), como bien señala San Agustín: «hay cosas que Dios niega por clemencia y concede por ira» (cit. p. 16); y también Santo Tomás: «aquellos que no son castigados no pertenecen a las filas de los hijos de Dios (...) y para ellos es casi un signo de eterna reprobación» (cit. p. 17).

A la luz de esta tesis el a. analizará con profundidad, y no sin fuerza polémica, los grandes temas de la existencia terrena y ultra-terrena humana: el valor del tiempo, el destino final del hombre, la reencarnación, el miedo ante la muerte, el martirio, la eutanasia, el ensañamiento terapéutico, el terrorismo, el sufrimiento, la cultura de la muerte, la caridad cristiana ante el dolor y ante la muerte, el pecado, la desesperación y la misericordia, la muerte redentora de Cristo, la resurrección...

Sé, por su testimonio directo, de una persona que leyó providencialmente este libro en un momento de su vida de grandes dificultades. Estaba agradecido al Cielo por haber puesto estas páginas en sus manos porque no pequeño fue el consuelo y la luz que encontró en ellas para llevar con resignación –y alegría– su cruz.

Recomendamos vivamente la lectura de este libro con la certeza de que será de provecho para el lector. Cada capítulo puede ser leído de modo separado, al igual que los subcapítulos, los cuales si bien tienen obviamente una secuencia

lógica, constituyen al mismo tiempo una unidad que no supera los 10 minutos de lectura (aunque probablemente les suceda como a nosotros que habiéndolo empezado no hemos podido dejarlo hasta acabarlo). Es un libro para tener a mano, y leer con calma, que ayudará a pensar y, nos lo auguramos, a ordenar la vida a fin de alcanzar el éxito en la muerte, y la felicidad eterna, pues «de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida» (Mt 16,26).

*P. Lic. José G. Ansaldi, I.V.E.*